

DESDE hace meses recibo constantes testimonios de un hecho cada vez más visible: el alejamiento de la Iglesia, que se está produciendo en nuestro país, igual que en otros países de tradición católica, como Italia; o en países nuevos para el catolicismo, como Norteamérica.

Jóvenes de todas clases —seminaristas, religiosos y seculares— y a todos los niveles de vida social, se van desentendiendo de una estructura eclesial, cuyo peor defecto es que —según piensan ellos— les oculta en buena parte el rostro de su Fundador. Unas veces es el Concilio, que les parece verlo mal interpretado, o propuesto «sine die»; otras porque no ven que los —según ellos— rutinarios engranajes de muchos organismos eclesiales hagan otra cosa que rechinar herrumbrosamente, sin que de verdad las vean ellos avanzar.

Durante demasiado tiempo se ha estado diciendo en el mundo católico que era preciso esperar normas concretas para poder empezar la realización del Concilio. Pero muchos se preguntan: ¿se habrían dado el trabajo 2.500 obispos católicos de estar discutiendo, estudiando y trabajando afanosamente durante cuatro años, por hacerse asequibles a todo el mundo, si lo que ellos decían no era para ser comprendido y aplicado espontáneamente —en su mayor parte— por el pueblo sencillo? ¿A qué perder el tiempo lastimosamente en esa dura y lenta labor de forja de un lenguaje acomodado a nuestras mentes de hombres corrientes, si sólo ellos tuvieran la clave esotérica de esa enseñanza?

Al final son bastantes los que creen que está pasando como con la encíclica «Pacem in Terris», que fue mejor entendida por la gente en general que por los católicos más «tradicionales», para vergüenza nuestra ante el mundo.

Todo esto, y no otra cosa, es lo que desanima y aleja a muchos —incluso de los mejores—, porque habían tomado en serio el Evangelio de amor, y no lo creen ver suficientemente cumplido por algunos de los que resultan más aparentemente representativos.

Pero, ¿no será la causa fundamental algo más profundo?

EL principal problema que se plantean estos jóvenes y adultos de ambos sexos es que la parte de la Iglesia que ellos ven —la que tienen a su lado todos los días— creen que no da muestras suficientes de encarnar lo que representa. Los mismos manuales de enseñanza religiosa que han estudiado, así como la formación recibida en el colegio o en la Iglesia, no les ha servido bastante para transmitirles —hoy se dan plena cuenta de ello— varias cosas esenciales del cristianismo, porque se las han ocultado en una hojarasca ideológica y disciplinaria de poca categoría. En una palabra: nadie les ha mostrado suficientemente que —como confesó la sencilla campesina Santa Juana de Arco— «no debe haber oposición entre Jesucristo y la Iglesia, porque deben ser una misma cosa». Y esto no para justificar —como en ocasiones se hace— todo lo que en los cuadros de ésta última vemos; sino, al revés, para hacer que su estructura se purifique y conforme constantemente a la enseñanza sencilla —pero profunda— del Evangelio. El acento no está —ni debe estar— sólo en el cuadro autoritario de nuestro organismo eclesial, o en lo que tiene de organización, sino en la fuerza del testimonio de amor que predicó Jesús y que ella debe encarnar. En una palabra, en el binomio Iglesia-Jesús el acento debe inclinarse hacia el Fundador, y no querer cohonestar con ello todo lo que en ella ocurre, reivindicando en primer término sólo sus derechos jurídicos, sino al revés.

En la Iglesia es cierto que alguien tiene que mandar; pero todos sabemos que tradicionalmente siempre su autoridad fue una presidencia en el amor.

PERO todo esto —aun siendo verdad, y triste verdad— es todavía periférico; supone no ir a la raíz del conflicto, porque muchas crisis personales —de seculares y clérigos— se producen porque han sido educados en una especie de **automatismo religioso** que les ha ocultado lo único fundamental: la experiencia seria y profunda de lo religioso, de esa entrega a un amor superior, desprendido y universal, que se centra en los demás. Y si lo que se llama religión no les ha servido para vivir esa «conversión», es explicable que se encuentren hoy perdidos ante sí mismos, y en plena crisis íntima.

Así están abocados a lo peor, al abandono de esas creencias tradicionales que no pueden permanecer más en ellos, porque no les han

ALEJADOS DE LA IGLESIA

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

aportado, con claridad, una verdadera experiencia vital que pueda resistir los embates de la duda, que hoy les surge a la vista de la realidad exterior religiosa que les rodea.

Ya no se plantean si el catolicismo es verdadero —como pueda ser verdadero un teorema de geometría—, sino que la cuestión para ellos es si tiene sentido hoy la religión que conocen, y que es la única que han aprendido.

Ocurre incluso que, después de haber sido católicos durante muchos años, todavía no han sabido lo que era de verdad el catolicismo, porque muchos educadores —¿o deseducadores?— se han empeñado en la triste labor de confundirles el juicio, en vez de aclararles lo que es nuclear en la religión católica.

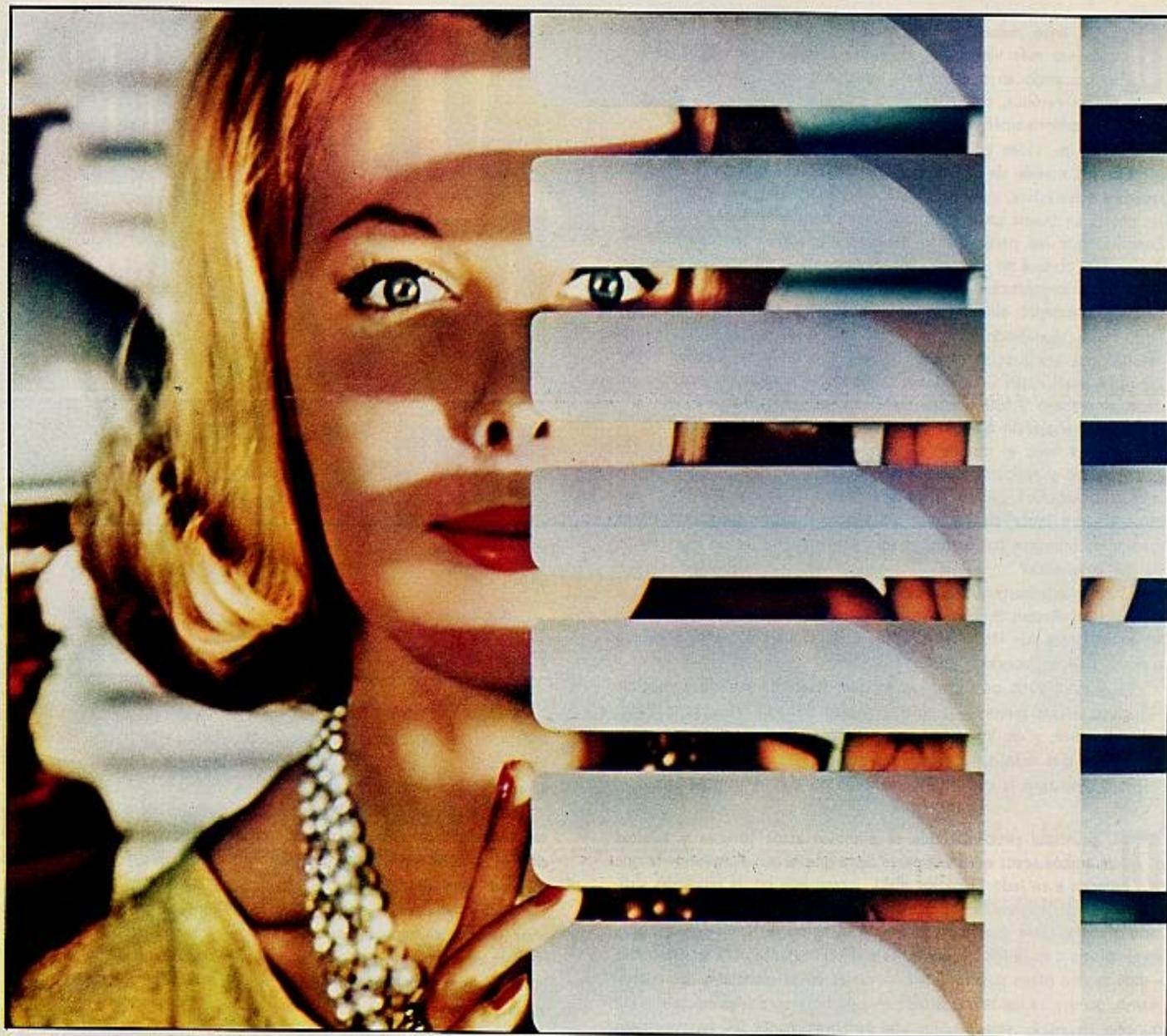
Lo esencial de nuestra religión no es el dogmatismo ni el autoritarismo; no es por tener un Papa, que algunos equivocadamente creen un autócrata, por lo que nos distinguimos de otros grupos cristianos. Nuestra característica específica no es la estrechez de miras, o la obediencia ciega al que manda. Al revés, diría yo, el catolicismo es la religión del **universalismo humano**. Ese universalismo que no se ata a nada, que practica una verdadera libertad de espíritu, porque para él la Iglesia debe ser sólo la persona de Jesús, hecha presente en nuestras acciones y en nuestra comunidad religiosa.

Simplificando un poco las cosas podríamos decir que el protestante es el hombre del libro, el que se ata a su Biblia; el ortodoxo oriental el que de todo hace culto a Dios, el deudor de una liturgia cósmica; en cambio, el católico debe ser —aunque a veces no lo sea— quien tiene el espíritu abierto a todo lo real y lo humano, porque sabe que, en lo más hondo de ello, hay un germen de salvación para todos los hombres, en la misteriosa redención universal de todas las cosas, que pretendió Cristo.

NO nos hagamos, sin embargo, orgullosas ilusiones, porque sabemos —como recuerda el teólogo católico Bernard Welte— que «no debemos creer que existen, en la plenitud concreta de la religión histórica, religiones enteramente puras, o enteramente falsas».

Para nosotros el catolicismo es la única que tiene, de derecho, el germen más eficaz de apertura a todo, sin reticencias ni aspavientos. Es más, creemos que no ha existido inconsecuencia mayor que poner como modelo de nuestra religión la que practicaban los monjes, porque hoy entendemos ya perfectamente que «la verdadera religión se refiere a, y comprende espontáneamente, todos los

SIGUE



vea la vida a través de
GRADULUX®

PERSIANAS GRADUABLES

Las persianas graduables GRADULUX crean un ambiente de color y optimismo, regulan el sol, la luz, el aire... y dan confort e intimidad a su vida de hogar.

Para un hogar verdaderamente suyo y elegante, adopte hoy mismo persianas graduables GRADULUX.

GRADULUX

primera marca en persianas graduables

¡En todas las ciudades de España hay un distribuidor GRADULUX!

San Feliu de Llobregat (Barcelona): GRADULUX, S.A. Carretera de Madrid, s/n. Tel. 221 70 02
Barcelona: GRADULUX, S.A. Balmes, 188, Tel. 227 90 27 y 228 73 19.
Madrid: GRADULUX, S.A. Avenida Calvo Sotelo, 31, Tel. 232 10 73

ALEJADOS DE LA IGLESIA

campos de la vida terrena y, en cambio, la falsa se abstrae de ellos y rehúsa su contacto con los mismos» (B. Welte).

El catolicismo es verdadero en teoría; pero eso vale poco, si nosotros los católicos no lo encarnamos suficientemente en un sistema abierto a la promoción y salvación del hombre. Porque los signos de la religión falsa se encuentran en las filas y cuadros de cualquier religión concreta, ya que ésta depende de los hombres que la componemos; y «allí donde se cierran las formas de culto o de vida social, sin orientar hacia la superación propia, sino que se pretende colmar con ellas mismas toda necesidad religiosa; o se presenta como un sistema conceptual cerrado en el que la disciplina formal ha ahogado el sentido de lo profundo..., nos encontramos ante la falsa religión» (B. Welte).

Por eso el propio Concilio recuerda esta amplitud de todo auténtico catolicismo, señalándola como su característica esencial: «la Iglesia, o Pueblo de Dios..., no arrebató a ningún pueblo bien alguno terreno, sino que, por el contrario, favorece y asume las potencialidades, riquezas y costumbres propias de los pueblos, y al recibirlas las purifica, fortalece y eleva...; y la Iglesia católica tiende, eficaz y constantemente, a asumir según Cristo la humanidad entera con todos sus bienes». La nota fundamental del mensaje que la Iglesia tiene la obligación de difundir es que «esté de acuerdo con los más íntimos anhelos del corazón del hombre, cuando defiende la dignidad de la vocación humana..., y lejos de disminuir al hombre, difunde luz, vida y libertad para su perfeccionamiento».

DESTE desconocimiento del catolicismo, producido por la defectuosa enseñanza y vida de los cristianos —¿y quién podrá creerse libre de culpa?— es el que se aleja de nuestra religión, al creerla básicamente expresión cerrada de unos cuadros externamente disciplinarios que no fomentan la vida y libertad personales. No obstante, si creemos en una religión encarnada en los hombres, y en una Iglesia, Pueblo de Dios, tendremos que sentirnos solidarios de los esfuerzos y titubeos de este pueblo, sin abandonar a sus miembros más inquietos elegantemente a su destino desesperanzado. Por eso mismo, tendremos que hacer lo contrario de lo que realmente hicieron muchos reformadores, que para ser más puros la abandonaron. Nosotros la queremos reformar desde dentro, viviendo sus limitaciones para intentar superarlas, sin adoptar posturas puritanas, sin desentendernos de la labor abnegada de tantos hombres y mujeres, jóvenes o viejos, que anhelan algo mejor y creen equivocadamente ver cerradas sus perspectivas, porque olvidan que los tenaces siempre vencen a la larga.

Demos testimonio de apertura y universalidad, para que la verdadera religión, que yace oculta en nuestro catolicismo real, supere los esquemas falsos que los hombres que la componen introducen constantemente en ella, oscureciendo y empequeñeciendo su indefectible núcleo de verdad. Hay que luchar por que acoja y defienda, sin pretensiones de dominio, a todo hombre y a todo lo humano. Así haremos nuestro deber, no de falso proselitismo, sino de ejemplo claro que atraiga a cualquier ser humano digno. Así pararemos la dramática carrera de clérigos que en el mundo —y también en nuestro país— se reducen al estado laical, religiosos que se secularizan, y seglares o sacerdotes que abandonan las filas de la Iglesia porque les ha desilusionado. En Roma —en lo que va del año— se han presentado a la Curia seis veces más de solicitudes de religiosos que el año anterior, que quieren abandonar esa vida y convertirse en seglares. No es por eso el látigo de una disciplina intelectual o práctica el que mantendrá sus filas compactas, sino la apertura auténtica a la universalidad de los valores del hombre, para elevarlos y purificarlos.

Esa es la esencia del catolicismo, que tan mal reconocemos en los hombres de sus filas algunas veces; pero esa esencia es la única que nos salvará.

OLIVER para Solriza

mi hombre
tiene ese algo
tan... tan de hombre



La crema que simplifica el diario afeitado, modernizándolo y convirtiéndolo en un rápido placer.

CREMA DE AFEITAR KAMEL. Sin brocha y, aunque a Vd. no le interesa, sin dolor. Deja la cara impecable, suave y virilmente rasurada todo el día, con ese algo tan... tan de hombre.

crema de afeitar

kamel

para el sexo (muy) fuerte

SOLRIZA, S.A.

Es un producto de la serie KAMEL